



Juana de Asbaje
(Sor Juana Inés de la Cruz)
El amor y la fe en la mujer

Juana de Asbaje (Sor Juana Inés de la Cruz), nos habla del amor desde la perspectiva de la sutileza femenina, de la mujer como la fuente del deseo sublimado, del conocimiento profundo de la psique humana, de la posesión como una manera de expresar la inseguridad material, más que la hondura de los sentimientos verdaderos, de la elección como un ejercicio del derecho individual, de la discriminación que ejerce una sociedad conservadora, de la femineidad como una herencia terrestre, de la naturaleza en relación a la mujer, del hombre y sus acciones en la realidad.

Nos enseña las facultades de la mujer, el espléndido don de ver, oír, sentir, recibir, y transmitir imágenes, ideas y sentimientos con la velocidad de un rayo. Nos recuerda que casi todas las mujeres pueden percibir el más mínimo cambio en el humor de otra persona, pueden leer rostros y cuerpos, con eso que se llama intuición, y por medio de un sinfín de minúsculas claves que se unen para facilitarle información, adivinar lo que encierran las mentes. Todo esto, ante una sociedad adversa, que por lo general, intenta mutilar todas estas facultades, para convertirla en autómata del consumo.

Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) Nepantla, Estado de México.

Nombre religioso de la noble y cultísima doncella Juana de Asbaje, capaz de escribir con la gracia epigramática de Santa Teresa y, a la vez, con el primor alambicado y difícil de Góngora o Villamediana; o- cuando cultiva el teatro- atreverse al conceptualismo brillante de Pedro Calderón de la Barca. Genio incomprendido de su siglo y verdadera musa del gongorismo mexicano.

Sor Juana, usted puso bases firmes sobre la dignidad de la mujer ante el hombre en el amor ¿qué piensa sobre ella después de más de cuatro siglos?

La escritura ha tratado todos los tipos psicológicos posibles de los conflictos eróticos, pero el motivo más sencillo de conflicto ha pasado inadvertido por su propio carácter obvio, y tiene que ver con la fidelidad.

El fenómeno del estar ya-ocupado: una persona amada que se rehúsa no por antagonismos o inhibiciones, no por frialdad o por calor reprimido, sino porque existe ya una relación que excluye la nueva.

El tiempo ejerce en realidad la función que se querría asignar a la jerarquía de los sentimientos. En el obligarse, además de la libertad de decisión y de elección, hay un elemento, totalmente accidental, que parece en contradicción con cualquier pretensión de libertad.

Y, por lo tanto, un ordenamiento de este género equivaldría a una violación intolerable de la libertad. La prioridad de lo accidental tiene poderosas razones para hacer valer: prefiriendo una nueva persona a la primera, se hace daño a esta última, en cuanto se anula el pasado de la vida común, y la misma experiencia queda –si puede decirse- cancelada.

El no poder modificar el pasado proporciona un criterio moral objetivo. Pero este criterio, como el tiempo, está emparentado con el mito. La exclusividad implícita en el tiempo se despliega, según su mismo concepto, en el dominio exclusivo de los grupos herméticamente cerrados.

Nada más conmovedor que la ansiedad de la mujer amante que teme que la nueva pueda atraer sobre sí- precisamente por esa novedad que se produce, por antítesis, por el privilegio de la prioridad- aquel amor y aquella ternura que son su posesión más preciosa.

Sería inútil buscar un camino de salida a este laberinto. Pero es posible aislar el momento funesto que pone en movimiento a esta dialéctica: y precisamente, en su carácter exclusivo, de primero.

La relación originaria, en su desnuda inmediatez, presupone ya la abstracta sucesión temporal. Históricamente, el mismo concepto de tiempo está constituido sobre la base del ordenamiento de la propiedad. Pero la voluntad de posesión refleja el tiempo como angustia de perder, es un sentimiento de lo irrecuperable.

Toda posesión es lógica ante la pasión, aunque es imposible poseer a alguien, siempre habrá espacios...

Sin embargo, lo que es está dado en relación con su posible no ser: y solamente así se transforma en posesión y se reduce a algo rígido y funcional, susceptible de ser cambiado por una posesión equivalente. Transformada totalmente en posesión, la persona amada ya no se mira. ¿Sabe por qué? porque la abstracción en el amor es el complemento de la exclusividad, que se arruina por el contrario con la adhesión a un nuevo ser. Esta adhesión deja escapar al objeto propio precisamente en cuanto lo transforma en objeto y deja escapar a la persona que degrada a la mía.

Si los hombres no fuesen ya una posesión, ya no podrían ser intercambiados. Verdadera inclinación sería aquella que se dirige específicamente hacia otro y se refiere a rasgos precisos y amados, y no al ídolo de la personalidad, puro reflejo de la posesión. Pero es exclusivo en otro sentido: en cuanto, sin prohibirla, hace imposible la sustitución de la experiencia referida a él. Lo totalmente determinado tiene su garantía en el no poder repetirse, y precisamente por eso tolera al otro a su lado.

La relación de posesión, el derecho exclusivo de prioridad, tiene como complemento la prudencia que se expresa en fórmulas como esta: Dios mío, todos los hombres hacen lo mismo. Una inclinación que no supiese nada de esta prudencia no tendría que temer la infidelidad, estaría inmunizada.

¿Hay también una idea de la constancia que se debe tener en el amor?

Seguro, la sociedad conservadora insiste siempre y en todas partes en el esfuerzo de la voluntad; solamente el amor debe ser involuntario, pura inmediatez por sentimiento. En esta aspiración, la idea conservadora del amor trasciende a la sociedad conservadora. Si el amor debe representar dentro de la sociedad una sociedad mejor, no la representa como oasis pacífico, sino como resistencia consciente.

Pero esto no es aceptado naturalmente por una estructura conservadora...

Así es, pero la resistencia exige precisamente aquel momento de arbitrariedad que los conservadores, para quienes el amor nunca será lo bastante natural, le prohíban rigurosamente. En esta fidelidad el amor se mediatiza a sí mismo. No ama sino el que tiene la fuerza de tener constante amor.

El sentimiento supera la prueba decisiva cuando se supera a sí mismo en la duración, y es como una obsesión. Pero el que bajo la apariencia de la

espontaneidad, y orgulloso de su sinceridad, se abandona totalmente a lo que supone es la voz de corazón, y escapa apenas cree que no oye ya aquella voz, es -precisamente en esa soberana independencia- el instrumento de la sociedad.

Pasivamente, sin saberlo, registra los números que salen en la ruleta de los intereses. Mientras traiciona al amado, se traiciona a sí misma. El orden de la fidelidad, que la sociedad imparte, es instrumento de libertad, pero solamente en la fidelidad es donde la libertad se rebela contra el orden social.

Pero no sólo fidelidad y constancia deben ser el hombre y la mujer...

Tienen que ver lo que sucede en la sociedad, es igual que en lo que queda del reino animal. Cuando los machos se rinden a su propensión a combatir y se matan unos a otros, la Naturaleza disimula porque, comparando, las hembras son indispensables para su designio, en tanto que los machos son escasamente necesarios. Porque las hembras además de dar vida la preservan, la cuidan.

Pero como los varones de la especie humana quedaron en gran parte relevados de toda responsabilidad ante la Naturaleza, han estado libres para dedicarse a sus ocupaciones y aventuras. Aquí deben definir al ser humano como 'el animal que hace herramientas'.

El hacer herramientas está fuera de los límites de la Naturaleza. De hecho los avances tecnológicos no hacen sino desafiar a la Naturaleza, no sólo eso agregaría, sino vejlarla, destruirla. El macho humano, como tiene libre la mayor parte de sus energías, desarrolló esa facultad y parece que ahora no tiene límites.

Ha ensanchado su dominio, para esta gran tarea la independencia de la mente y la libertad del movimiento eran necesarias, y lo consiguió, ahora hay que preguntarse ¿de qué sirve?

Podemos decir, que el ser humano salió de la Madre Naturaleza y que ahora está más lejos que nunca de ella...

Efectivamente. El ser humano aprovechó su relativa libertad respecto de toda traba física y emotiva, y avanzó sin obstáculos hacia su ensanche de las fronteras de la vida. Para esto ha tenido que recorrer peligrosos senderos de revoluciones y de ruinas. Una vez y otra lo que había acumulado hubo de ser barrido, y la corriente de progreso espiritual y humano ha desaparecido.

Por obra de esta repetida experiencia de desastres, el hombre ha descubierto, ahora en este milenio, la verdad, que no utilizó plenamente, sólo en su superficie, de que en todo su progreso tecnológico y científico, debe conservar de manera

profunda el ritmo ético, moral y humanista, si quiere salvar de una nueva destrucción a esta civilización.

Saber que el aumento ilimitado de poder no conduce a un progreso real, que es en el terreno de lo humano, y que tiene que haber un equilibrio de proporción, armonía entre la estructura y sus cimientos, para que se vea un desarrollo efectivo en la verdad, de la Verdad.

El hombre está ubicado así, esto no es sexista, también participan mujeres en instituciones de todo tipo.

Sí, aunque la mujer participa, todavía en el periodo actual de la historia la civilización es casi exclusivamente masculina, por lo menos en los roles más trascendentes de decisiones, porque sigue siendo una civilización de fuerza y de barbarie, de guerra, en que la mujer ha sido arrumbada, por eso ella ha perdido su equilibrio y cree que en la competencia profesional con los hombres va a recuperar su identidad, pero no es así.

Esta civilización unilateral, va engendrando catástrofes de manera vertiginosa, precisamente por su unilateralidad, y por si ha llegado la ocasión en que la mujer debe intervenir y aporta el ritmo de su vida a este movimiento incontrolable de la fuerza.

¿Significa oponer la inteligencia, los sentimientos?

Definitivo, porque la función de la mujer es la función pasiva de la tierra, que no sólo ayuda al árbol a crecer, sino que conserva su desarrollo dentro de ciertos límites.

Por ejemplo, el árbol debe correr la aventura de la vida y lanzar a lo alto sus ramas y extenderlas por todas partes, pero los vínculos más hondos de su relación con la tierra están ocultos y ella los conserva firmes para ayudarlo a vivir.

Así, esta civilización debe tener su elemento pasivo, amplio, profundo y permanente. No debe ser únicamente un simple desarrollo, sino la armonía en el desarrollo. No el caos que se vive, por el lucro y la ambición.

No debe ser sólo una serie de sonidos, sino que debe también tener compás. La mujer está dotada, en mayor cantidad que el hombre, de las cualidades pasivas que son la lealtad, la modestia, la devoción, la preservación de la vida.

Es la cualidad pasiva que hay en la Naturaleza lo que convierte sus fuerzas monstruosas en creaciones de perfecta belleza, dominando los elementos salvajes hasta reducirlos a la delicadeza de la ternura propia para el servicio de la vida.

Esta cualidad pasiva ha dado a la mujer esa placidez grande y profunda tan necesaria para curar y nutrir y proveer a la existencia. Si la vida toda fuese todo gasto sería entonces como los fuegos pirotécnicos, subiría a lo alto en un estallido de luces para descender poco después trocada en cenizas.

La vida debiera ser como un faro en que la potencialidad de la luz es mucho mayor en cantidad de lo que parece en su fuente. En lo hondo de la pasividad que hay en la naturaleza femenina, es donde se guarda esa potencialidad de vida.

Sin embargo, la participación de la mujer en términos activos en la sociedad es muy notoria...

Lo cual no está mal, sin embargo se advierte en ellas una cierta inquietud, ansiedad, inestabilidad, que no puede ser el aspecto normal de su naturaleza esencial. Porque las mujeres no necesitan algo especial y violento en su medio ambiente para conservar despierto su interés, sólo prueban ahora que han perdido todo contacto con su propio mundo verdadero.

En apariencia, millones de mujeres quieren lo novedoso, viven ansiando algo que salga de lo vulgar, esforzándose por crear una originalidad que busca nada más sorprender, pero que no satisface. Y tales esfuerzos materiales no son un signo verdadero de vitalidad. Tienen que ser más perjudiciales para la mujer que para el hombre, porque aquélla tiene fuerza vital más poderosa que la que hay en éste.

La mujer es la madre de la raza y posee un interés real en las cosas que la rodean, que son las cosas sencillas de la vida, si no poseyera eso, entonces la raza perecería.

La mujer vive deslumbrada por lo exterior, en la actualidad es una fuente importantísima para el consumo...

No lo dudo, si con el uso constante de estímulos exteriores, la mujer adquiere algo así como un vicio de drogas mentales, si se vuelve adicta a lo sensacional, entonces pierde la sensibilidad que es natural en ella, y con esto el florecimiento de su femineidad, así como su fuerza efectiva para apoyar a la humanidad con aquello que más necesita.

El interés de un hombre por sus semejantes existe sólo cuando encuentra en ellos algún don especial de fuerza o de utilidad; pero una mujer siente interés por sus semejantes nada más porque son criaturas vivas, porque son seres humanos, no por el designio especial determinado para el que ellos puedan servir, ni porque posean tal o cual poder que ella admire de modo especial. Y es porque la mujer posee esta facultad, por lo que ejerce sobre el hombre la atracción, su interés

vital es tan poderoso, que se despliega en sus palabras, gestos y movimientos con gracia y armonía.

El hombre se da cuenta de esta verdad intuitivamente por medio de su facultad de amar, y la mujer por obra de esta facultad, descubre que el objeto del amor y de su simpatía, a pesar de su vestido de trivialidad, tiene un valor infinito.

Es la atracción natural que de una u otra manera se ha perdido, porque ahora se ven muchos intereses, incluso la relación efímera...

Lógico, si la mujer ha perdido la fuerza de su interés por las cosas que son comunes, y se volvió una fuente de consumo y de economía, entonces el tiempo de descanso la acobarda, la hace sentirse sola, porque estando su sensibilidad natural adormecida, no encuentra la mujer en lo que la rodea, nada que ocupe su atención. Por eso procuran mantenerse atrozmente ocupadas, no en hacer uso del tiempo, sino simplemente de llenarlo.

No quiero decir que el mundo de la mujer sea la vida doméstica, esa sería una pobre ambición de vida como persona, con todos los valores que esa vida doméstica tenga de trascendente.

Lo que digo es que el mundo humano es el mundo de la mujer, ya sea en lo doméstico, ya esté lleno de las otras actividades de la vida que son humanas y no simples esfuerzos abstractos de organización.

Donde quiera que haya algo concretamente personal y humano, allí es el mundo de la mujer. El mundo doméstico es aquel en que todo individuo encuentra su valor como tal, y en el que, por tanto, lo que él vale no es el precio de plaza, sino el precio del amor; es decir, el valor que Dios en su infinita misericordia ha asignado a todas las criaturas.

Éste mundo doméstico es el don de Dios a la mujer, pero puede ella extender la radiación de su amor más allá de sus fronteras por todos lados, y en todas las actividades, para demostrar sólo su naturaleza femenina cuando le llega su llamado.

Y las relaciones efímeras tanto del hombre como de la mujer es justamente la falta de estabilidad, de paciencia, de constancia, de profundizar en lo que son las relaciones humanas, en querer detenerse para conocer al otro, esto demuestra una falta de paz interior, así nunca se sabrá lo que se desea.

¿Cuál otro atributo debe rescatar la mujer?

En la civilización globalizada y despersonalizada que se vive, cuando no sólo se practica la destrucción del ser humano, sino que hasta se lo festeja por los

medios de comunicación electrónicos, las mujeres se avergüenzan de su propia femineidad. Porque Dios, con su mensaje de amor, las ha enviado al mundo como guardianas del ser humano y en ésta, su divina vocación, los individuos representan para ellas más que cualquier ejército y que cualquier flota y que cualquier gobierno, y que las fábricas y los gigantescos edificios de lujo.

En ello tiene la mujer su servicio propio, su vocación, en el templo mismo de Dios, que es la realidad, donde el amor vale más que el poder. Pero como los hombres, en su ebriedad orgullosa de poder, escarnecen cosas que son vivas y relaciones que son humanas, un buen número de mujeres se ha dado a gritar hasta enronquecer, pretendiendo probar que no son mujeres, que su verdadera misión es representar un partido político y alcanzar el poder.

En este momento piensan que se hiere su orgullo cuando se las toma por simples madres, como proveedora de las necesidades vitales de su existencia y de su necesidad espiritual más honda de simpatía y de amor.

Pero la mujer puede aportar su mente clara y toda su facultad de gracia para esta nueva labor de construir una civilización espiritual, si es que se da cuenta de su responsabilidad. Sin embargo, puede ser frívola y mezquina en su visión de las cosas, y entonces no habrá cumplido con la gran misión que le corresponde, pero precisamente porque la mujer ha estado aislada, porque ha vivido siempre en una especie de oscuridad detrás del hombre, yo creo que tendrá su recompensa en la civilización que va a venir.

Poema de Sor Juana

Liras de la ausencia

*Amado dueño mío:
escucha un rato mis cansadas quejas,
pues el viento las fío
que breve las conduzca a tus orejas,
si no se desvanece el triste acento
-como mis esperanzas- en el viento.*

*Óyeme con los ojos,
ya que están tan distantes los oídos,
y de ausentes enojos
en ecos de mi pluma mis gemidos,
y ya que a ti no llega mi voz ruda,
óyeme sordo, pues me quejo muda.*

*Si el arroyo parlero
ves galán de las flores en el prado,
que amante y lisonjero
a cuantas mira íntima su cuidado,
en su corriente mi dolor te avisa
que a costa de mi llanto tienes risa.*

*Si ves que triste llora
sus esperanzas marchita en ramo verde,
tórtola gemidora,
en él y en ella mi dolor te acuerde
que imitan, con verdor y con lamento,
él mi esperanza y ella mi tormento.*

*Si la flor delicada,
si la peña que altiva no consciente
del tiempo ser hollada,
ambas me imitan, aunque variamente,
ya con fragilidad, ya con dureza,
mi dicha aquélla y ésta mi firmeza.*

*Si ves el ciervo herido,
que baja por el monte acelerado
buscando dolorido*

*alivio al mal en un arroyo helado,
y sediento al cristal se precipita,
no en el alivio, en el dolor me imita.*

*Si la liebre encogida
huye medrosa de los galgos fieros,
y por salvar la vida
no deja estampa de los pies ligeros,
tal mi esperanza en dudas y recelos
se ve acosada de villanos celos.*

*Si ves el cielo claro,
tal es la sencillez del alma mía,
y si, de luz avaro,
de tinieblas se emboza el claro día,
es con su obscuridad y su inclemencia
imagen de mi vida en esta ausencia.*

*Mas, ¿cuándo, ay gloria mía,
mereceré gozar tu luz serena?
¿Cuándo llegará el día
que pongas dulce fin a tanta pena?
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,
y de los míos quitarás el llanto?*

*¿Cuándo tu voz sonora
herirá mis oídos delicada,
y el alma que te adora
-de inundación de gozos anegada-
a recibirte con amante prisa
saldrá a los ojos desatada en risa?*

*¿Cuándo tu luz hermosa
revestirá de gloria mis sentidos?
¿Y cuándo yo, dichosa,
mis suspiros daré por bien perdidos,
teniendo en poco el precio de mi llanto?
que tanto ha de penar, quien goza tanto.*